



Crecimiento en Cristo

lla sembrada por el labrador”.

“De igual modo los que están recién convertidos a Cristo, son como ‘niños recién nacidos’, ‘creciendo’ (1 Pedro 2:2; Efe. 4:15) a la estatura de hombres en Cristo Jesús. Como la buena simiente en el campo, tienen que crecer y dar fruto. Isaías dice que serán ‘llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya’ (Isa. 61:3). Del mundo natural se sacan así ilustraciones para ayudarnos a entender mejor las verdades misteriosas de la vida espiritual”.

“Toda la sabiduría y la inteligencia de los hombres no puede dar vida al objeto más pequeño de la naturaleza. Solamente por la vida que Dios mismo les ha dado pueden vivir las plantas y los animales. Asimismo, es solamente mediante la vida de Dios como se engendra la vida espiritual en el corazón de los hombres. Si el hombre no ‘naciere de nuevo’ (Jn. 3:3) no puede ser hecho participante de la vida que Cristo vino a dar”.

“Lo que sucede con la vida, sucede con el crecimiento. Dios es el que hace florecer el capullo y fructificar las flores. Su poder es el que hace a la simiente desarrollar ‘primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga’ (Mar. 4:28). El profeta Oseas dice que Israel ‘florecerá como lirio’. ‘Serán vivificados como trigo, y florecerán como la vid’ (Ose. 14:5, 7). Y Jesús nos dice: ‘¡Considerar los lirios, cómo crecen!’ (Luc. 12:27). Las plantas y las flores crecen no por su propio cuidado o solicitud o esfuerzo, sino porque reciben lo que Dios ha proporcionado para que les dé vida. El niño no puede, por su solicitud o poder propio, añadir algo a su estatura. Ni vosotros podréis por vuestra solicitud o esfuerzo conseguir el crecimiento espiritual. La planta y el niño crecen al recibir de la atmósfera que los rodea aquello que les da vida: El aire, el sol y el alimento. Lo que estos dones de la naturaleza son para los animales y las plantas, es Cristo para los que confían en él. Él es su ‘luz perpetua’, ‘sol y escudo’ (Isa. 60:19; Sal. 84:11). Será como el ‘rocío a Israel’. ‘Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada’ (Ose. 14:5; Sal. 72:6). Él es el agua viva, ‘el pan de Dios [...] que descendió del cielo, y da vida al mundo’ (Jn. 6:33)”.

“En el don incomparable de su Hijo, ha rodeado Dios al mundo entero de una atmósfera de gracia tan real como el aire que circula en derredor del globo. Todos los que quisieren respirar esta atmósfera vivificante vivirán y crecerán hasta la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Como la flor se torna hacia el sol, a fin de que los brillantes rayos la ayuden a perfeccionar su belleza y simetría, así debemos tornarnos hacia el Sol de Justicia, a fin de que la luz celestial brille sobre nosotros, para que nuestro carácter se transforme a la imagen de Cristo”.

“Jesús enseña la misma cosa cuando dice: ‘Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanecéis en mí. [...] porque separados de mí nada podéis hacer’ (Jn. 15:4, 5). Así también vosotros necesitáis del auxilio de Cristo para poder vivir una vida santa, como la rama depende del tronco principal para su crecimiento y fructificación. Fuera de él no tenéis vida. No hay poder en vosotros para resistir la tentación, o para crecer en la gracia o en la santidad. Morando en él podéis florecer. Recibiendo vuestra vida de él, no os marchitaréis ni seréis estériles. Seréis como el árbol plantado junto a arroyos de aguas”.

“Muchos tienen la idea de que deben hacer alguna parte de la obra solos. Ya han confiado en Cristo para el perdón de sus pecados, pero ahora procuran vivir rectamente por sus propios esfuerzos. Mas tales esfuerzos se desvanecerán. Jesús dice: ‘Porque separados de mí nada podéis hacer’. Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Solamente estando en comunión con él diariamente, a cada hora permaneciendo en él, es como hemos de crecer en la gracia. Él no es solamente el autor sino también el consumidor de nuestra fe. Cristo es el principio, el fin, la totalidad. Estará con nosotros no solamente al principio y al fin de nuestra carrera, sino en cada paso del camino. David dice: ‘A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido’ (Sal. 16:8)”.

“Preguntaréis, tal vez: ‘¿Cómo permaneceremos en Cristo?’ Del mismo modo en que lo recibisteis al principio. ‘De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él’. ‘El justo [...] vivirá por fe’ (Col. 2:6, Heb. 10:38). Habéis profesado daros a Dios, con el fin de ser enteramente suyos, para servirle y obedecerle, y habéis aceptado a Cristo como vuestro Salvador. No podéis por vosotros mismos expiar vuestros pecados o cambiar vuestro corazón; más, habiéndoos entregado a Dios, creísteis que por causa de Cristo él hizo todo esto por vosotros. Por la fe llegasteis a ser de Cristo, y por la fe tenéis que crecer en él, dando y tomando a la vez. Tenéis que darle todo: El corazón, la voluntad, la vida, daros a él para obedecer todos sus requerimientos; y debéis tomar todo: A Cristo, la plenitud de toda bendición, para que habite en vuestro corazón y para que sea vuestra





fuerza, vuestra justicia, vuestra eterna ayuda, a fin de que os dé poder para obedecerle”.

“Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: ‘Tómame ¡oh Señor! como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy en tu servicio. Mora conmigo y sea toda mi obra hecha en ti’. Este es un asunto diario. Cada mañana conságrate a Dios por ese día. Somete todos tus planes a él, para ponerlos en práctica o abandonarlos según te lo indicare su providencia. Sea puesta así tu vida en las manos de Dios, y será cada vez más semejante a la de Cristo” (El Camino a Cristo , p.. 69).

“La vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber éxtasis de la sensibilidad, pero debe haber una confianza continua y apacible. Vuestra esperanza no está en vosotros, ni depender de vosotros, mas mirad a Cristo. Pensad en su amor, en su belleza y en la perfección de su carácter. Cristo en su abnegación, Cristo en su humillación, Cristo en su pureza y santidad, Cristo en su incomparable amor: Esto es lo que debe contemplar el alma. Amándolo, imitándolo, dependiendo enteramente de él, es como seréis transformados a su semejanza”.

“Jesús dice: ‘Permaneced en mí’. Estas palabras dan idea de descanso, estabilidad, confianza. También nos invita: ‘Venid a mí [...] y yo os haré descansar’ (Mat. 11:28). Las palabras del salmista expresan el mismo pensamiento: ‘Guarda silencio ante Jehová, y espera en él’. E Isaías asegura que ‘en quietud y en confianza será vuestra fortaleza’ (Sal. 37:7; Isa. 30:15). Este descanso no se funda en la inactividad: Porque, en la invitación del Salvador, la promesa de descanso está unida con el llamamiento al trabajo: ‘Llevad mi yugo sobre vosotros, y [...] hallaréis descanso’ (Mat. 11:29). El corazón que más plenamente descansa en Cristo es el más ardiente y activo en el trabajo para él”.

“Cuando el hombre dedica muchos pensamientos a sí mismo, se aleja de Cristo: Manantial de fortaleza y vida. Por esto Satanás se esfuerza constantemente por mantener la atención apartada del Salvador e impedir así la unión y comunión del alma con Cristo. Los placeres del mundo, los cuidados de la vida y sus perplejidades y tristezas, las faltas de otros o vuestras propias faltas e imperfecciones: Hacia alguna de estas cosas, o hacia todas ellas, procura desviar la mente. No seáis engañados por sus maquinaciones. A muchos que son realmente concienzudos y que desean vivir para Dios, los hace también detenerse a menudo en sus faltas y debilidades, y, al separarlos así de Cristo, espera obtener la victoria. No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestros pensamientos, ni alimentar ansiedad ni temor acerca de si seremos salvos o no. Todo esto es lo que des-

vía el alma de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendad vuestra alma al cuidado de Dios y confiad en él. Hablad de Jesús y pensad en él. Piérdase en él vuestra personalidad. Desterrad toda duda; disipad vuestros temores. Decid con el apóstol Pablo: ‘Y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí’ (Gál. 2:20). Reposad en Dios, Él puede guardar lo que habéis confiado. Si os ponéis en sus manos, él os hará más que vencedores por aquel que nos amó”.

“Cuando Cristo se humanó, se unió a sí mismo a la humanidad con un lazo de amor que jamás romperá poder alguno, salvo la elección del hombre mismo. Satanás constantemente nos presenta engaños para inducirnos a romper este lazo: elegir separarnos de Cristo. Sobre esto necesitamos velar, luchar, orar, para que ninguna cosa pueda inducirnos a elegir otro maestro; pues estamos siempre libres para hacer esto. Pero tengamos los ojos fijos en Cristo, y él nos preservará. Confiando en Jesús, estamos seguros. Nada puede arrebatarlos de su mano. Mirándolo constantemente, ‘somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor’ (2 Cor. 3:18)”.

“Así fue como los primeros discípulos se hicieron semejantes a nuestro Salvador. Cuando ellos oyeron las palabras de Jesús, sintieron su necesidad de él. Lo buscaron, lo encontraron, lo siguieron. Estaban con él en la casa, a la mesa, en su retiro, en el campo. Estaban con él como discípulos con un maestro, recibiendo diariamente de sus labios lecciones de santa verdad. Lo miraban como los siervos a su señor, para aprender sus deberes. Aquellos discípulos eran hombres sujetos ‘a pasiones semejantes a las nuestras’ (Sant. 5:17). Tenían la misma batalla con el pecado. Necesitaban la misma gracia, a fin de poder vivir una vida santa.

“Aun Juan, el discípulo amado, el que más plenamente llegó a reflejar la imagen del Salvador, no poseía naturalmente esa belleza de carácter. No solamente hacía valer sus derechos y ambicionaba honores, sino también era impetuoso y se resentía bajo las injurias.

Pero, cuando se le manifestó el carácter de Cristo, vio sus defectos, y el conocimiento de ellos lo humilló. La fortaleza y la paciencia, el poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre que él vio en la vida diaria del Hijo de Dios, llenaron su alma de admiración y amor. De día en día era su corazón atraído hacia Cristo, hasta que se olvidó de sí mismo por amor a su Maestro. Su genio, resentido y ambicioso, cedió al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su carácter. Este es el resul-



tado seguro de la unión con Jesús. Cuando Cristo habita en el corazón, la naturaleza entera se transforma. El Espíritu de Cristo y su amor ablandan el corazón, someten el alma, y elevan los pensamientos y deseos a Dios y al cielo.

“Cuando Cristo ascendió a los cielos, la sensación de su presencia permaneció aún con lo que lo seguían. Era una presencia personal, llena de amor y luz. Jesús, el Salvador, que había andado y conversado y orado con ellos, que había hablado a sus corazones palabras de esperanza y consuelo, fue arrebatado de ellos al cielo mientras les comunicaba aún un mensaje de paz, y los acentos de su voz: ‘He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’ (Mat. 28:20), llegaban todavía a ellos, cuando una nube de ángeles lo recibió. Había ascendido al cielo en forma humana. Sabían que estaba delante del trono de Dios, como Amigo y Salvador suyo todavía; que sus simpatías no habían cambiado; que estaba aún identificado con la doliente humanidad. Estaba presentando delante de Dios los méritos de su propia sangre, estaba mostrándole sus manos y sus pies traspasados, como memoria del precio que había pagado por sus redimidos. Sabían que él había ascendido al cielo para prepararles lugar y que vendría otra vez para llevarlos consigo”.

“Al congregarse después de su ascensión, estaban ansiosos de presentar sus peticiones al Padre en el nombre de Jesús. Con solemne temor se postraron en oración, repitiendo la promesa: ‘Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido’ (Jn. 16:23, 24). Extendieron más y más la mano de la fe presentando aquel poderoso argumento: ‘¡Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros’ (Rom. 8:34). Y, en el día de Pentecostés vino a ellos la presencia del Consolador, del cual Cristo había dicho: ‘Estará en vosotros’. Y les había dicho más: ‘Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os le enviaré’ (Jn. 14:17; 16:7). Y, desde aquel día, Cristo había de morar continuamente por el Espíritu en el corazón de sus hijos. Su unión con ellos era más estrecha que cuando él estaba personalmente con ellos. La luz, el amor y el poder de la presencia de Cristo resplandecían en ellos, de tal manera que los hombres, mirándolos, ‘se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús’ (Hech. 4:13)”.

“Todo lo que Cristo fue para sus primeros discípulos, desea serlo para sus hijos hoy: Porque, en su última oración, realizada con el pequeño grupo de discípulos que reunió a su alrededor, dijo: ‘No ruego solamente por éstos, sino también por lo que han de creer en mí por la palabra de ellos’ ” (Jn. 17:20).

“Jesús oró por nosotros y pidió que fuésemos uno con él, así como él es uno con el Padre. ¡Qué unión tan preciosa! El Salvador había dicho de sí mismo: ‘No puede el Hijo hacer nada por sí mismo [...] el Padre que mora en mí, él hace las obras’ (Jn. 5:19; 14:10)” (El Camino a Cristo, capítulo 8).

Texto adicional

¡Es tan maravilloso sentirnos unidos al Cielo!

Fuiste creado para caminar diariamente con Dios

“Del mundo natural se sacan así ilustraciones para ayudarnos a entender mejor las verdades misteriosas de la vida espiritual”. EGW

“Jesús nos dice: ‘¡Considerar los lirios, cómo crecen!’ (Luc. 12:27). Las plantas y las flores crecen no por su propio cuidado o solicitud o esfuerzo, sino porque reciben lo que Dios ha proporcionado para que les dé vida”. EGW

“Como la flor se torna hacia el sol, a fin de que los brillantes rayos la ayuden a perfeccionar su belleza y simetría, así debemos tornarnos hacia el Sol de Justicia, a fin de que la luz celestial brille sobre nosotros, para que nuestro carácter se transforme a la imagen de Cristo”. EGW

“Preguntaréis, tal vez: ‘¿Cómo permaneceremos en Cristo?’ Del mismo modo en que lo recibisteis al principio. ‘De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él’ ”. EGW

“Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: ‘Tómame ¡oh Señor! como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy en tu servicio. Mora conmigo y sea toda mi obra hecha en ti’. Este es un asunto diario.” EGW

“El corazón que más plenamente descansa en Cristo es el más ardiente y activo en el trabajo para él”. EGW

“Encomendad vuestra alma al cuidado de Dios y confiad en él. Hablad de Jesús y pensad en él. Piérdase en él vuestra personalidad. Desterrad toda duda; disipad vuestros temores”. EGW

Continúa...



“Pero tengamos los ojos fijos en Cristo, y él nos preservará. Confiando en Jesús, estamos seguros. Nada puede arrebatarlos de su mano”. EGW

“Cuando Cristo habita en el corazón, la naturaleza entera se transforma. El Espíritu de Cristo y su amor ablandan el corazón, someten el alma, y elevan los pensamientos y deseos a Dios y al cielo”. EGW

“Los creyentes que se vistan con toda la armadura de Dios y que dediquen algún tiempo diariamente a la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras, se vincularán con el Cielo y ejercerán una influencia salvadora y transformadora sobre los que los rodean. Suyos serán los grandes pensamientos, las nobles aspiraciones, y las claras percepciones de la verdad y el deber para con Dios. Anhelarán la pureza, la luz, el amor, y todas las gracias de origen celestial” (Testimonios para la Iglesia, t. 5, p. 105).

El programa de Dios para mi vida hoy

El mensaje que Dios me dio en esta jornada es: _____

Lo que Dios espera de mí: _____

El programa de Dios para mi vida hoy...

En la mañana: _____

En la tarde: _____

En la noche: Dormir temprano, _____

Personas por las cuales estoy orando:

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____
5. _____
6. _____
7. _____